MUTUS LIBER



La Alquimia
y su Libro Mudo

[MUTUS LIBER]

Primera edición íntegra
de la edición original de La Rochelle
1677

Comentarios por Eugène Canseliet F.C.H.
discípulo de Fulcanelli

Editado y transcrito por el Cenáculo, http://pagina.de/cena

Basado en la primera edición en lengua española
publicada en 1981 por Luis Cárcamo Editor

INTRODUCCIÓN

MUTUS LIBER... *¡El libro mudo!* Tal es el título sorprendente y abreviado del tratado de alquimia que está compuesto únicamente de imágenes y que presentamos a la curiosidad, si es que no al interés, de todos los aficionados. He aquí la explicación que sigue inmediatamente a estos dos primeros vocablos sobre la plancha inicial, que traducimos y que se muestra bastante prometedora de los frutos a recolectar:

> *...en el cual sin embargo, toda la Filosofía hermética está representada en figuras jeroglíficas, que está consagrado a Dios misericordioso, tres veces muy bueno y muy grande, y dedicado sólo a los hijos del arte, por el autor de quien el nombre es Altus.*

No se nos escapa el doble sentido cabalístico, es decir el juego que permite el latín, entre el dativo plural de *solus* y el genitivo singular de *sol* semejantemente ortografiados, y que hace que podamos entender tanto *dedicado a los hijos del arte y del sol* como *y dedicado sólo a los hijos del arte*: solisque filiis artis dedicatus.

No encontramos luego en la obra más que las pocas palabras de las dos páginas penúltima y última; esta, la décimoquinta, aquella llevando el número 14 y, por su parte, la sentencia en palabras latinas que se repiten a porfía y de la que el imperativo consejo parece más bien gracioso, en un libro donde la lectura ordinaria no tiene ocasión de ejercerse:

ORA LEGE LEGE LEGE RELEGE LABORA ET INVENIES
Ora, lee, lee, lee, relee, trabaja y encontrarás.

Consejo caritativo, alentador y preciso, que, seguido en la humildad y la paciencia, suministra la llave que abre el jardín de los filósofos y su escala de acceso al mundo desconocido del subconsciente universal. La alquimia dispensa, precisamente, este estado de consciencia o gracia real, que se armoniza, en el sabio, con la fecunda dualidad Amor y Conocimiento, generatriz del permanente deseo de mejora.

*

Advirtamos, ahora, sobre la última página de nuestro *Libro Mudo* la exhortante declaración que se ofrece, dos veces inscrita sobre banderolas, a manera de conclusión; fórmula de adiós que estaría henchida de ironía bien amarga y revelaría incluso un severo humor, si no afirmase absolutamente el poder didáctico, a la vez rico y generoso, de un libro que ofrece, más que cualquier otro, la ruda apariencia de la impenetrabilidad:

OCCULATUS ABIS!
Te vas clarividente

Del latín al francés, es evidente el anagrama de *Jacobus Sulat*, que es titular del privilegio acordado por Luis XIV, para la primera edición "en S. Gemain, el día vigésimotercero de noviembre, el año de gracia mil seiscientos sesenta y seis."



DU LEGS

DE M. LA FAILLE.

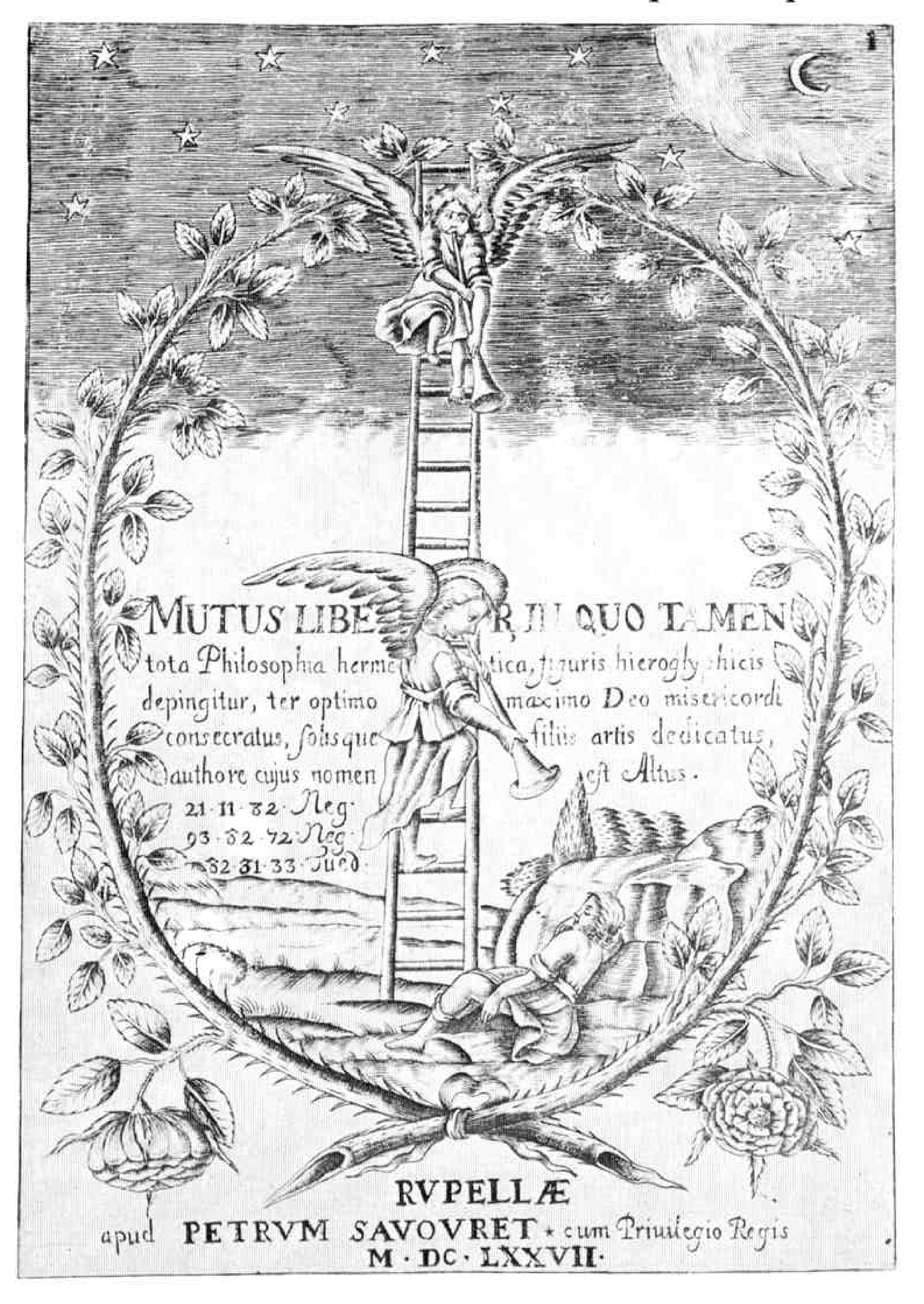
AU LECTEUR

QVOY-QVE celuy qui a fait les frais de l'Impression de ce Livre, n'ait voulu mettre à la teste ni Lettre dedicatoire, ni Préface, pour des raisons qu'il a pardevers luy; j'ay cru, pourtant, qu'il ne trouveroit pas mauvais que je vous disse, que cet Ouvrage est admirable en cecy: C'est qu'encore qu'il soit intitulé, *Livre Muët*; neanmoins toutes les Nations du monde, les Hebreux, les Grecs, les Latins, les François, les Italiens, les Espagnols, les Allemans, &c. peuvent le lire & l'entendre. Aussi est-ce le plus beau Livre qui ait jamais esté imprimé sur ce sujet, à ce que disent les Savans, y ayant-là des choses qui n'ont jamais esté dites par personne. Il ne faut qu'estre un veritable *Enfant de l'Art*, pour le connoitre d'abord. Voilà (cher Lecteur) ce que j'ay cru devoir vous dire.

AL LECTOR

Aunque quien ha corrido con los gastos de la primera impresión del presente Libro, por razones personales, no haya querido encabezarlo con dedicatoria ni prefacio alguno, he creído, no obstante, que no resultaría del todo inadecuado el poder decir cuán admirable esta obra puede llegar a ser: porque pese a llevar consigo el título de Libro Mudo, exhaustivamente todas las naciones del mundo, tanto los hebreos, griegos, latinos, franceses, italianos, españoles, como los alemanes, etc, pueden leerlo y comprenderlo. Además es el libro más bello de cuantos, hasta ahora y sobre esta cuestión, hayan sido jamás impresos, por aquello que suelen manifestar los sabios, de que hay en el ciertas cosas que nunca han sido dichas por nadie. Sólo hay que ser un verdadero Hijo del Arte para saberlo de antemano. He aquí (queridos lectores) todo cuanto he creído ser mi deber el decíroslo.

primera plancha



Esta primera plancha es también la página de título, de la que el sujeto principal es el personaje profundamente dormido, que renueva, en ese último cuarto del siglo XVII, el sueño profético del patriarca Jacob, en tiempos del Génesis. Beatífico, nuestro héroe sonríe en su visión interior, a imitación del hijo de Isaac, la cabeza apoyada sobre la piedra que le sirve de almohada y de la que el dativo latino Rupellae (en la Rochelle), situado justo debajo del nudo que retiene las dos fuertes ramas de rosal, recuerda oportunamente que no se trata ahí de una piedra ordinaria.

Es preciso, ¡ay!, convenir de esto que, en el estado de vigilia, pese a toda apariencia, el hombre duerme de ordinario tan profundamente, que las estridencias de todas las trompetas de los ángeles del cielo no bastarían para despertarle a la visión exacta de las cosas de la tierra. Desde otro punto de vista, en el dominio operativo, no es menos cierto que el sujeto del Arte, nuestro mineral elegido, está sumido también en la modorra muy cercana a la muerte, y debe sufrir un violento choque de ondas, del cual suministran perfectamente la expresión simbólica el grito, el clamor, el sonido agudo de los instrumentos de metal.

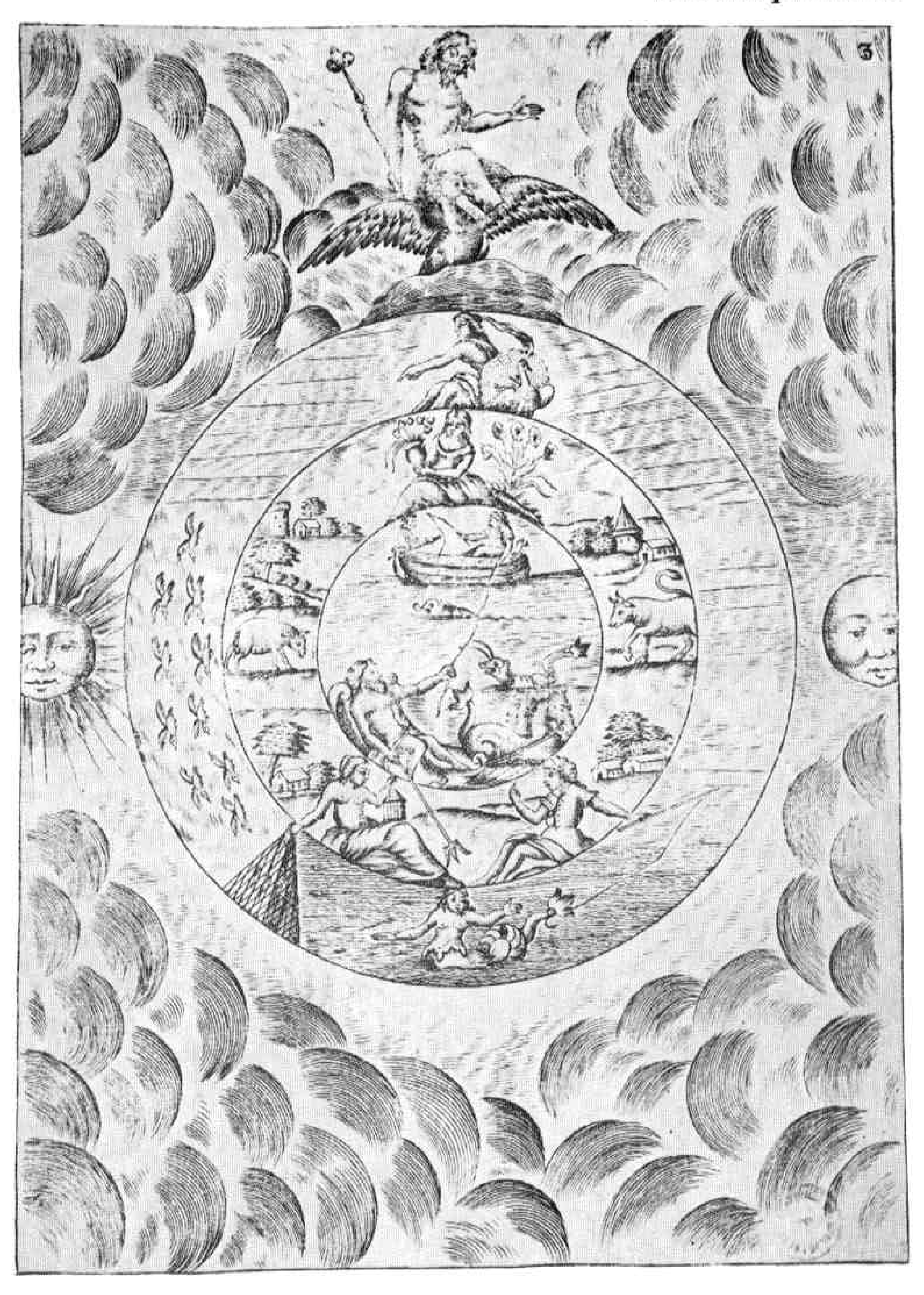
segunda plancha



Es evidente que Pierre Dujols tiene razón cuando advierte que esta imagen no se encuentra en su lugar. Varias, entre las siguientes, deberían precederla, hasta la octava, con la que se relaciona directamente y a la que precede por tanto en su alegoría de la fase intermedia, donde Neptuno protege al sol y a la luna en su infancia, con vistas a aproximarlos para la unión generatriz del mercurio filosófico. Es ineluctable ley natural que la generación se realiza por completo en el seno de las aguas, en un lugar totalmente cerrado y obscuro.

En obstetricia, ¿no se dice simplemente las aguas para designar los líquidos en los que el feto humano está en inmersión? Michael Maier no vacila en mostrarnos, sobre su emblema XXXIV, la copulación de sol y de la luna de los sabios en el agua pura de una caverna, añadiendo, con respecto al bebé filosofal, que es *concebido en los baños* –in balneis concipitur.

tercera plancha

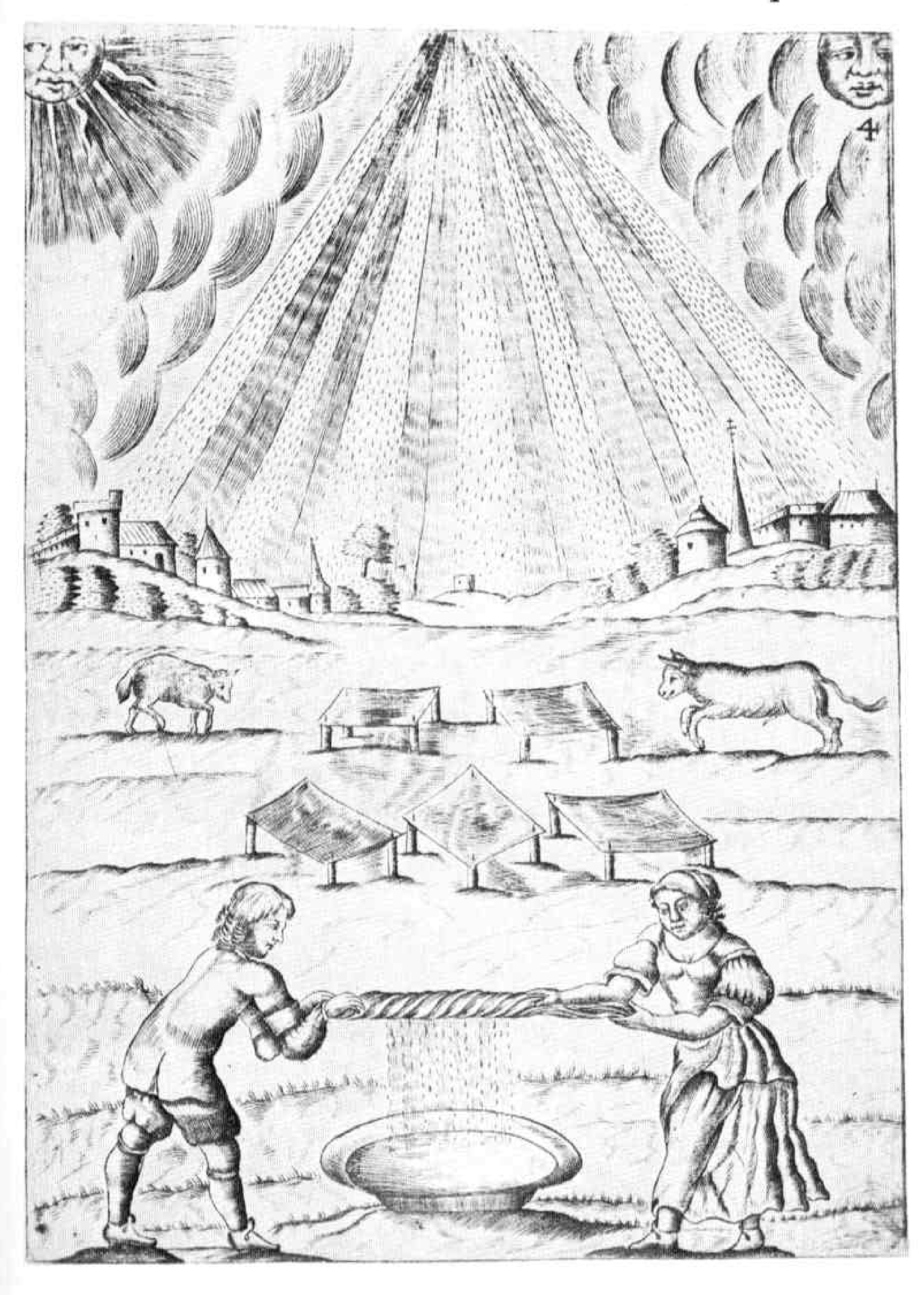


El tercer grabado proporciona el detalle y el complemento del que acabamos de ver. Esta vez es circular y presenta sus campos concéntricos sobre la inmensidad bullente de las ondas –por Manget uniformemente convertidas en nubes- entre el sol y la luna, bajo la poderosa égida de Júpiter, instalado sobre su *Águila* cuya cabeza moñuda parece ser la del *Fénix.* El soberano de los dioses se sienta en lo más alto, en el seno del Empíreo que el médico de Ginebra identificó con las sombras cimerias, en él a mitad de página, al nivel de los dos astros que alumbran la tierra cada uno a su turno.

Sobre los dos grandes luminares del cielo, sobre sus virtudes inapreciables, concurrentes a la existencia sana sobre la tierra, Alexander Sethon, llamado el Cosmopolita, vitupera la inconcebible debilidad de los hombres que, en su mayor parte, pasan de la inatención adquirida por el hábito, al olvido lentamente instalado en la sujeción:

> *En esta santa y muy verdadera ciencia, se encuentra en las tinieblas nocturnas aquél para quien no luce el sol; está en la obscuridad espesa aquél para quien, de noche, no aparece la luna.*

cuarta plancha



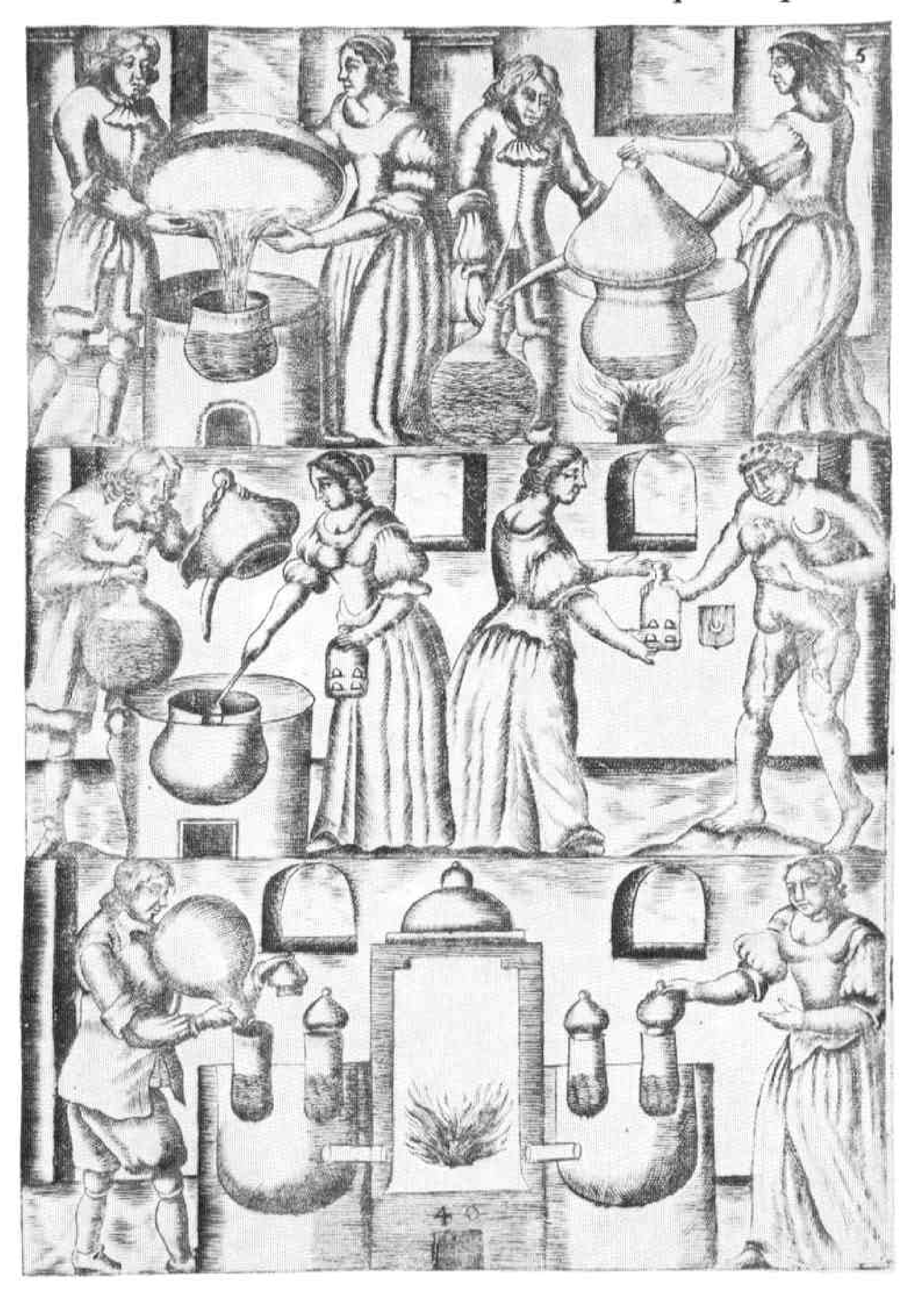
La cuarta estampa desvela, positivamente, uno de los más grandes arcanos de la obra física.

El influjo cósmico, en abanico inmenso de franjas rectas, alternativamente rayadas y salpicadas, cae, desde el centro del cielo, de un punto que se sitúa entre el sol y la luna.

No hay autor que haya indicado tan sinceramente el agente principal del movimiento y de las transformaciones, tanto en la superficie como en el centro de la tierra. Es precisamente la intervención de este agente cósmico, quien diferencia a la alquimia de la química, orgullosamente empírica y paralela. El secreto se muestra hasta el punto importante, que Magophon hizo sin duda un esfuerzo muy grande contra sí mismo para disimularlo cuando acabó de escribir estas pocas líneas, sin embargo muy significativas:

> *Sin en concurso del cielo, el trabajo del hombre es inútil. No se injertan los árboles ni se siembra el grano en todas las estaciones. Cada cosa en su tiempo. La Obra filosofal es llamada la Agricultura Celeste, y no sin razón; uno de los más grandes autores ha firmado sus escritos con el nombre de Agrícola, y otros dos excelentes adeptos son conocidos bajo los nombres de Gran Campesino y Pequeño Campesino.*

quinta plancha



La quinta imagen nos hace entrar en el laboratorio, donde reconocemos a nuestros dos recolectores de rocío, que vierten ahora su provisión desde el gran plato de la escena precedente, en la cucúrbita de esta. Este rápido encadenamiento del trabajo proclama que es preciso emplear, en todo su frescor, el líquido que, en cuanto a nosotros, filtramos inmediatamente con minuciosidad.

Estamos aquí en presencia de la tan secreta destilación que vemos expresada sin rodeos, por las diversas manipulacioens del infatigable matrimonio. Estas nos mostrarán con cuanta razón fue el destilador designado también con el nombre de rosario.

La destilación ha sido detenida pues, en el momento preciso en que la muy delicada fracción correría el riesgo a su vez de partir hacia el matraz de la recepción. Esta parte, la esposa la retira de la cucúrbita con una cuchara, para encerrarla en una vasija con gollete que muestra entonces, por transparencia, cuatro partículas de coagulación. Entrega a continuación el frasco a un hombre de complexión atlética, desnudo, erguido y en desequilibrio, el pie derecho sujeto sobre una pequeña elevación. Era esta, para Altus, una manera muy prudente de figurar a Vulcano del que nadie ignora que era cojo. Desdichado esposo de Venus, ¿no es de ella, de sus propias manos de quien recibe la botella, mientras aprieta contra sí a un joven niño inanimado?

Sería un grave error que se pudiera creer que este hombre musculoso atentase, en cualquier forma que fuese, contra la vida del niño, ya que concurrirá, muy al contrario, a devolvérsela más tarde. La masacre de los inocentes no se sitúa en este comienzo de la Gran Obra; el simbolismo podrá parecer cruel en nuestra época donde la sensibilidad verdadera ha cedido el lugar a la más boba sensiblería, cuando, por otra parte, no se negoció nunca tan barato con la existencia humana.

sexta plancha

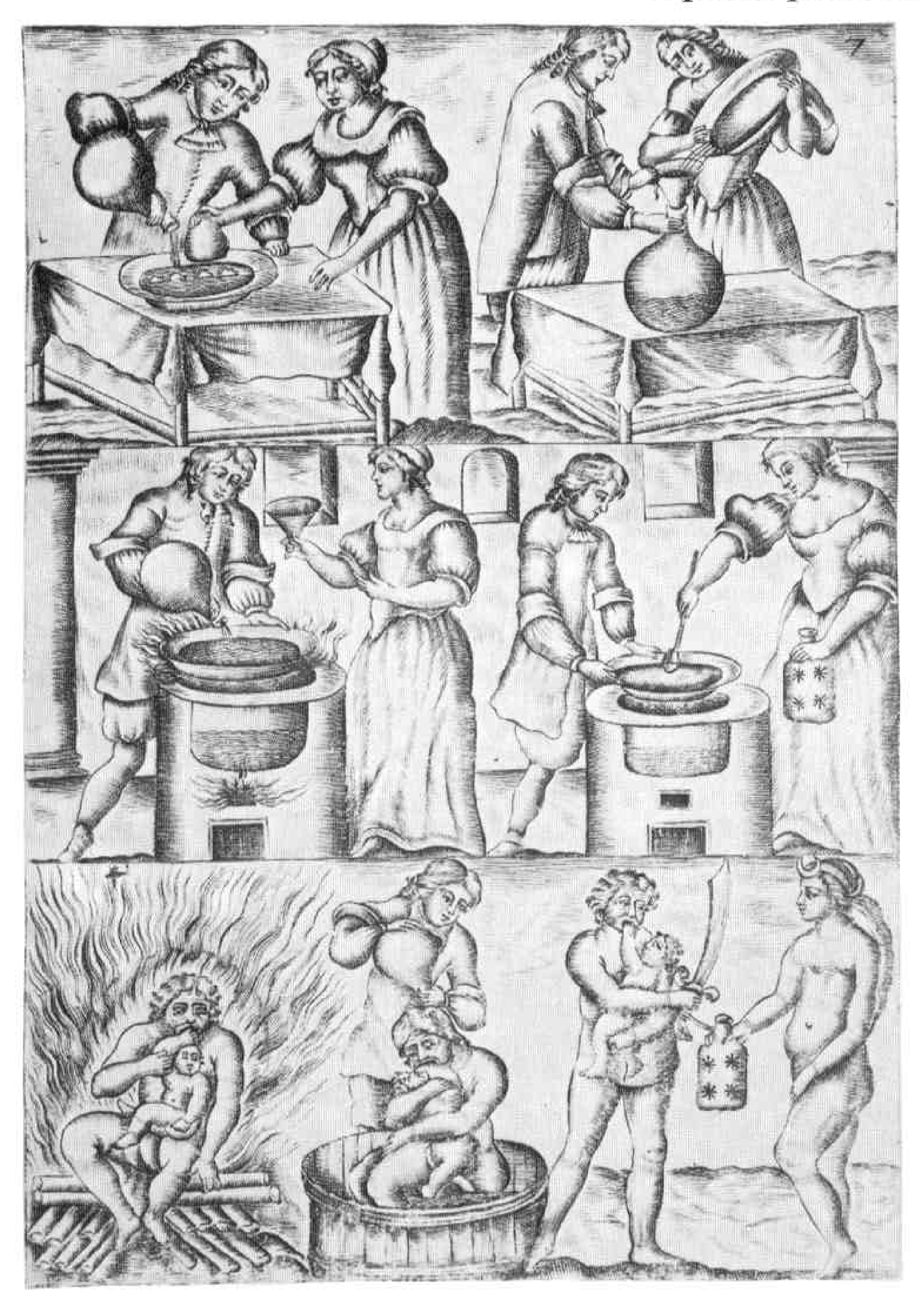


“La plancha seis es la continuación de la quinta”, nos dice Magophon quien, en eso, tiene tanta más razón cuanto que hace la observación de que “las operaciones son siempre efectuadas por un hombre y por una mujer, simbolizando las dos naturalezas.”

Esta es también nuestra opinión que se encuentra confirmada por la particularidad, bastante sorprendente, de que la pareja, aplicada a las manipulaciones, cambia de vestimentas en cada una de ellas y parece, además, no estar siempre compuesta de los dos mismos individuos. Ciertamente, si se trata bien del alquimista y de su fiel compañera, el uno y la otra, en sus transformaciones, subrayan las que sufren en el curso del largo trabajo los dos protagonistas minerales.

Ante el complicado horno, que volveremos a encontrar a continuación, las tapas de los dos pares de vasos de fondo circular, continúan atrayendo nuestra atención. Era ya su forma de pequeñas cucúrbitas sin pico, y es ahora esta especie de levitación, en la intención de suscitar toda reflexión fecunda en el aficionado. Así cubierta, la vasija cilíndrica asegura la circulación lenta y cerrada de la verdadera cohobación de la que Sulat nos señala la gran importancia.

séptima plancha



La operación que vemos en lo alto y a la izquierda, reune el producto de las dos destilaciones realizadas, con el resultado de la confortación inmediatamente precedente; ésta ha sido aplicada al extracto nebuloso ya concentrado y animado por el fuego de la luna. La operadora ha vuelto el vaso, sin duda enfriado, encima del gran plato, que hemos visto y volveremos a ver más adelante, al mismo tiempo que su compañero vierte el segundo destilado conservado en el grueso matraz de panza redonda.

Es aquí el lugar de que digamos algunas palabras de la destilación, que los autores han presentado como una de las fases más importantes de la Gran Obra. Sin embargo estas descripciones son lo más a menudo confusas y no parecen aplicarse al fenómeno físico conocido bajo el vocablo. Hay pues, ciertamente, un sentido particular, que la cábala debe permitirnos reconocer.

El término francés *distiller* (destilar) viene del griego y está formado por el adverbio *διζ*, dis, *dos veces* y por el substantivo *στίλη*, stilé, *por poco que sea, una cantidad muy pequeña*.

Ya la forma en que los griegos escribían la palabra *ϛίλε*, con la episemon, mostraba un valor especial y obligaba a considerarla atentamente. En efecto, *ὲπισημον*, episemon, mostraba un valor especial y obligaba a considerarla atentamente. En efecto, *ὲπισημον*, episemon, significaba *marca distintiva, signo, lo que está señalado*.

El sentido oculto de *destilar*, de *destilación*, traduce la operación secreta que consiste *en hacer caer muy poco agua sobre la tierra en dos tiempos consecutivos*. Se trata, en suma, de *imbibir*, de practicar estas *imbibiciones* o *destilaciones* de las que hablan los tratados, y que hacen que la tierra, hasta entonces estéril, se impregne, se ablande, se abone, sustente su germen y se vuelva fecunda.

octava plancha



Esta octava plancha es a su vez completada o más bien detallada por la tercera, que debería seguirla inmediatamente. Ella reúne las partes principales de la alegoría perfecta del mercurio que dos ángeles presentan de forma gloriosa. Así la materia de la Obra es personificada por el dios mitológico que se cubre con un pétaso alado y singular, y que se encuentra erguido, teniendo a sus pies dos astros herméticos. Encerrado en el huevo filosofal, y bajo los rayos del astro cósmico, es llevado sobrenaturalmente en el seno del elemento exterior que le es muy especialmente familiar. En efecto, *el viento lo ha llevado en su vientre*, -portavit eum ventus in ventre suo-, según el apotegma retomado a menudo por los autores que expresan, de esta suerte, el carácter volátil del medio donde el mercurio filosófico es concebido y se desarrolla.

A izquierda y derecha de la composición, repartidos en dos grupos, diez pájaros en vuelo convergen sobre el huevo hialoide, de los cuales, los dos primeros llevan en sus picos, en la extremidad de una rama vegetal: uno, el signo del tártaro, el otro el del harmoníaco.

Así volveremos a encontrar la segunda sal que el espesamiento ha elevado a esta cuádruple potencia, señalada por los dos pares de asteriscos y confirmada por otra parte por la luna, en su ligazón con Saturno aguzado con hierro, tal como lo podemos volver a ver sobre la figura que precede.

novena plancha



El lector serio y atento no se sorprenderá si le decimos que esta novena plancha no está más en su lugar que la cuarta, que habría de precederla inmediatamente. Es fácil comprender que esta parte segunda de la preparación previa a la obra, se sitúa junto a la de la recogida inicial a la que hemos asistido sobre la estampa que lleva la cifra 4. El precioso líquido es sometido ahora a la acción del fluido universal, en grandes platos circulares donde parece cubrir un lodo espeso y negro.

Estas dos fracciones de la fase preliminar de la Gran Obra, deben ser efectuadas siempre en la estación que designan los dos animales de sus imágenes, pese a la afirmación de Magophon –a propósito de la cuarta plancha- pronunciada en el tono, un poco falaz, de una benévola franqueza.

Que el Carnero y el Toro corresponden a los dos principios, mercurio y azufre, es un hecho innegable, lo que nos conduce a los dos actores de la vía seca. Estos, precisamente, serán sometidos más tarde a la acción del agente cósmico que se trata, de antemano, de acumular y de retener, y sin el cual la obra del sabio no sería más que una sucesión banal de operaciones relevantes sólo a la química.

decima plancha



De capital significación y concerniendo al vaso de la naturaleza, reaparecen los dos signos encontrados sobre las estampas VI y VII y que, vertidos de sus botellas respectivas, ocupan ahora los dos platillos de una balanza. Este utensilio ha sido depositado sobre la mesa, tal como lo será de nuevo sobre la decimotercera imagen. Como nos muestra su ástil y su aguja en ángulo oblicuo de treinta o cuarenta y cinco grados frente al gancho de suspensión, ¿no estaría ahí la indicación sutil de proporciones que irían del simple al doble? Es en todo caso la posición que presentan, de nuevo y singularmente, estando la balanza a la espera de la pesada, sus platillos de nivel, sobre la plancha XIV. Hay lugar para estar perplejos, de tal suerte que se estaría también fuertemente inclinado a deducir que los dos ingredientes fuesen de pesos semejantes, o que la balanza ordinaria no fuese de ninguna ayuda.

A la izquierda pues, está el asterisco del harmoníaco, a la derecha, la corola del oro filosófico; evocando esta el azufre y aquél la sal. Con muy grande habilidad la mujer los vierte juntos, en el mismo matraz inmediatamente marcado con los dos jeroglíficos. El operador que dispone ampliamente de mercurio, enriquecido sobre la plancha precedente y conservado en un frasco panzudo, el operador, decimos, añade este primer principio a los otros dos ya mezclados, y se aplica, con su compañera, a establecer lo mejor posible las proporciones y los pesos de la naturaleza.

undécima plancha



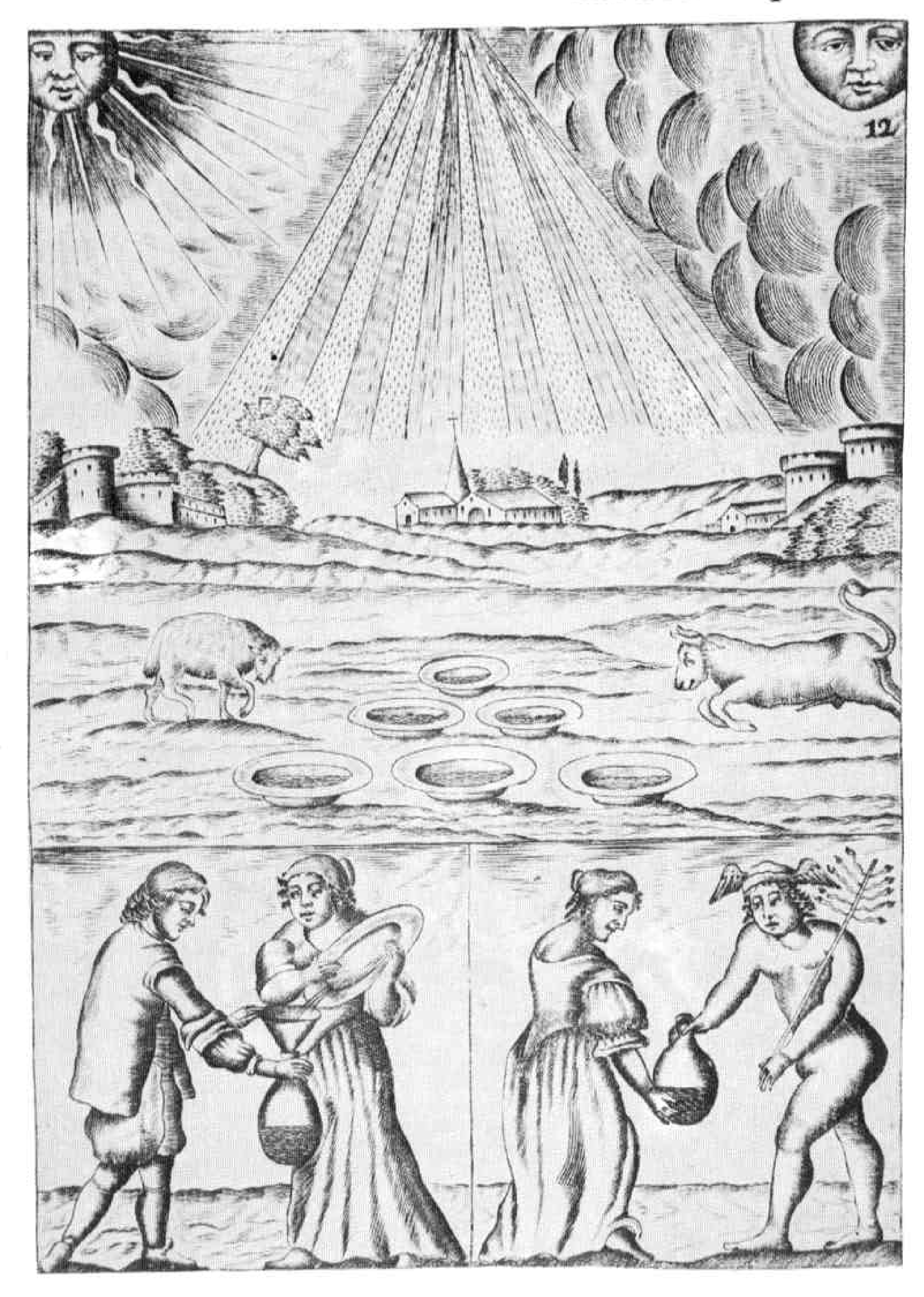
De buenas a primeras, esta composición parece en todo semejante a la octava.

Pese a ello Mercurio, o Hermes, en su huevo transparente, se levanta sobre la tierra de su nacimiento, que es ahora luminosa, como la diáfana substancia que constituye, según Savinien de Cyrano de Bergerac, la superficie ordinariamente inconcebible del sol. Es un verdadero placer leer lo que nos dice el filósofo con respecto a esta tierra sublimada que es la del matraz de Jacob Sulat y *de las grandes llanuras del día*, la que también *es semejante a los copos de nieve ardiente*.

El dios Mercurio, en lugar del pétaso habitual lleva, esta vez también, una suerte de bonete. Este tocado, horadado por dos ojos abiertos y flanqueado por alas desplegadas, toma así el aspecto de una lechuza en vuelo.

He aquí curiosamente manifestado, el conocimiento que simboliza el pájaro nocturno, consagrado a Minerva y encaramado sobre un vaso en el anverso de las monedas de Atenas. Ilimitado saber suministrado por el mercurio de los filósofos que no tiene la menor relación con el azogue o el mercurio del comercio. El de los sabios, en el grado de exaltación que ha conseguido aquí, se convierte en un verdadero y profundísimo espejo, fuente de reflexión del presente eterno e inmutable.

duodécima plancha



Igual que la placha precedente parecía renovar la octava, la que se presenta a su vez ante nuestros ojos recuerda también a la novena, casi hasta la identidad.

Si el carnero y el toro, que se ven sobre las dos imágenes, representan sin duda alguna los dos protagonistas de la Gran Obra, es decir el mercurio y el azufre, simbolizan también, y no menos ciertamente, los dos meses más ricos de la estación primaveral. El movimiento de las ondas se ha vuelto considerable, el cual es transmitido al licor dulce e íntimamente agitado, ilustrando de manera positivas el primer párrafo de la *Tabla de Esmeralda*:

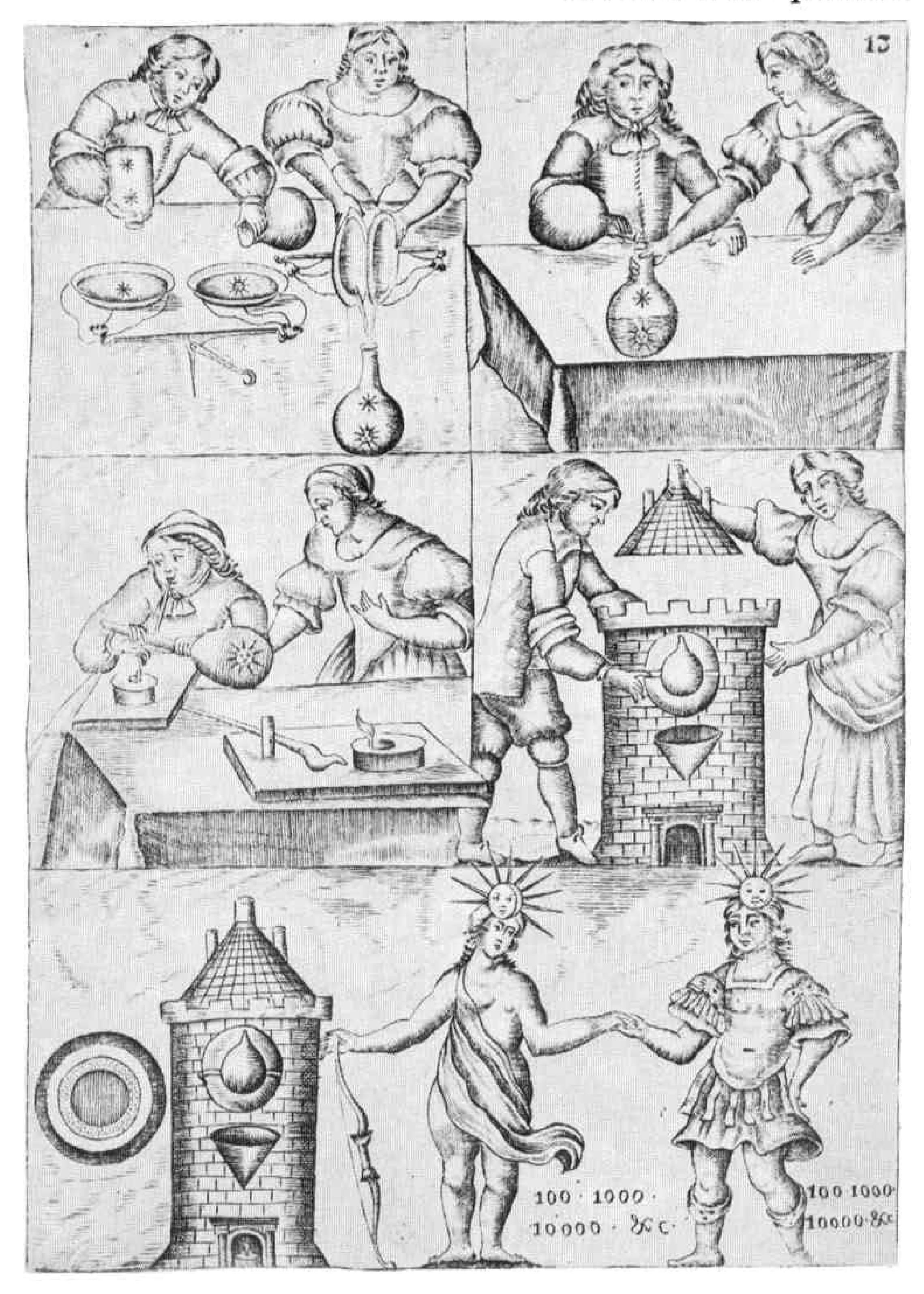
> *Si, es sin engaño, cierto, y muy verdadero. Lo que está debajo es como lo que está arriba. Y lo que está arriba es como lo que está abajo, para realizar los milagros de una cosa.*

Las ondas son esta aguas que Dios separó, o más bien sublimó, al comienzo del Libro del Génesis y que los antiguos alquimistas, en su creación microcósmica, han llamado las aguas celestes.

Pues sería preciso no tomar por nubes, cargadas de lluvia e impulsadas por el viento, la espesa ebullición que, sobre la presente estampa, la luna regulariza aún más que el sol. A ejemplo del Maestro, hemos recordado a menudo la condición, sine qua non y exterior, que el señor des Marez tuvo él mismo la intención de que fuera comprendida y respetada.

La pareja de alquimistas habiendo llenado su voluminoso frasco con el líquido, más rico aún después de esta segunda exposición, se lo da de nuevo al dios Mercurio que Magophon, sobre la novena plancha, ha visto ya comprando el mismo “puchero de esta agua divina a una campesina”. El mercurio filosófico, tal como lo dicen todos los autores y lo prueba la experiencia, busca ávidamente al espíritu universal del que nuestro licor está aquí cargado hasta la saturación, hasta permitir fácilmente su increíble y del todo natural cristalización.

decimotercera plancha

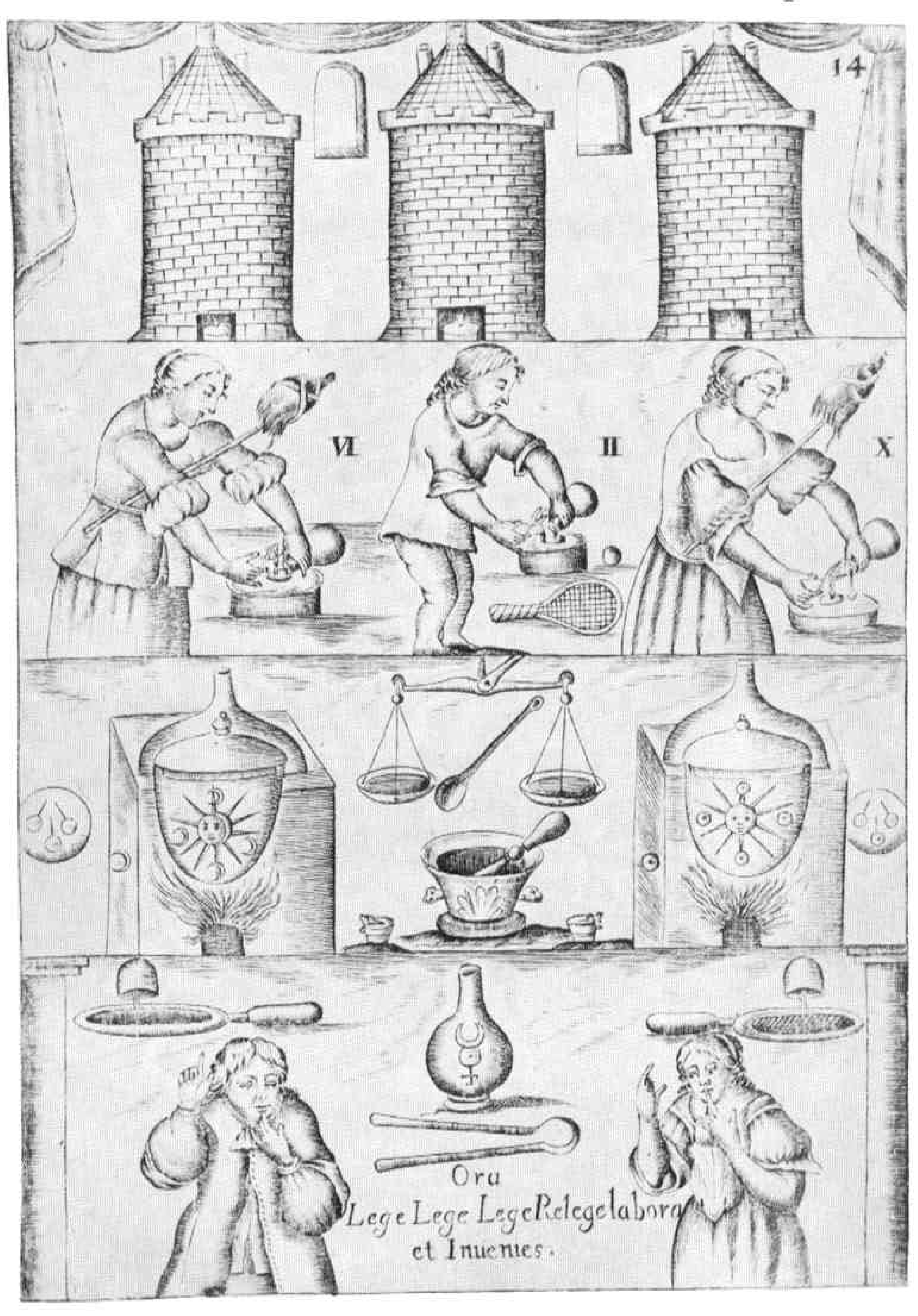


Se notará sin duda, al examinar esta imagen, que se divide entre la práctica y lo simbólico, que se parece a la décima; en suma, que se suceden seis planchas que, por parejas y a primera vista, parecen idénticas. Esto no es exacto como se ha visto, y esta vez además, se revelan al examen variantes muy significativas.

El hombre que vierte simultáneamente sobre cada uno de los platillos de la balanza, no tiene más que dos asteriscos en el frasco de su mano derecha, mientras que del frasco que sostiene con la izquierda cae un sol minúsculo, en el lugar y puesto del *flosculus* anteriormente suministrado.

Los dos pequeños signos radiados, que quedan en el recipiente, constituyen juntos el famoso RE, a saber los dos tercios de RER, y la mitad del RERE inicial.

Aunque el recipiente haya recibido también su cantidad sobreabundante del influjo de la segunda exposición, aunque esté inclinado casi hasta la horizontal para ser cerrado, no deberá escapársele al observador la doble singularidad, primero, de que el signo del armoníaco haya desaparecido, y luego, que la superficie del baño mercurial no haya cambiado, cuando debería ser plana y perpendicular a la vertical. ¿No existen ahí dos indicaciones particulares, concurrentes a establecer que el matraz ordinario de los laboratorios no es más que el símbolo del huevo en cuya composición la misteriosa *sal de armonía* se encuentra absorbida?


14
VI
II
X
Ora
Lege Lege Lege Relege labora
et Inuenies.

Los tres hornos que ocupan el rectángulo superior de esta plancha penúltima, corresponden separadamente a cada uno de los tres personajes situados directamente por debajo, a fin de evocar juntas las tres partes principales y netamente distintas de la última cocción. Estas dos mujeres, con su rueca pasada en la cintura, y este muchacho que ha puesto su raqueta y su pelota, en la atención y el cuidado que dispensan para el buen funcionamiento de la lámpara de calefacción, expresan cuán necesario es que el calor sea mantenido y bien regulado, en el curso de esta minuciosa operación. Es así que con mucha destreza y simultáneamente, se les ve arrancar, con las tijeras, la parte quemada de la mecha y rellenar de combustible el reservorio.

A continuación de los dos astros minerales en exaltación, una aprehensión invisible vuelca dos cúpulas encima de dos discos de reborde delgado, que prolonga un mango con empuñadura. A menor escala, estos cortadillos se muestran bastante semejantes a los recipientes que se perciben en los hornos inmediatamente superiores. Se derrama un delgado y espeso chorrillo, que cubre la placa de la izquierda, pero falla en la de la derecha y resbala hacia el exterior. Aquí, la falta que subraya la mujer es grave, dos dedos levantados en imitación de los cuernos del diablo; allá el éxito que el hombre muestra con el índice; llevándose uno y otra la mano izquierda a la boca en la mímica del silencio.

Este disco, provisto de un burlete y de un mango, aparece como el espejo respecto al cual los antiguos autores se mostraron tan discretos y en el cual el alquimista sorprende todos los secretos de la Naturaleza. La luna maravillosa está constituída por el mercurio de los sabios impulsado al punto más extremo de su purificación. A este mercurio solar se le ve en el interior del matraz, bajo el jeroglífico bien conocido, completado sin embargo con el punto central que hace, del círculo, el símbolo del oro y del sol.

decimoquinta plancha



He aquí la última figura y la tercera que toma, aun cuando lacónicamente, el lenguaje habitual de las letras impresas:

OCULATUS ABIS – Te vas clarividente

El sueño se ha realizado y la escala de comunicación con las esferas reputadas inaccesibles, habiendo terminado su oficio, es abandonada, acostada sobre el suelo. En el curso de nuestro examen de los catorce grabados que se han sucedido se habrá podido concebir en qué consiste la subida y después la bajada, el ascenso y el descenso operativos, entre el cielo y la tierra por medio de la escala de la Filosofía. El instrumento simbólico, tapado en el diseño por la pareja en oración, no muestra más que once escalones, en lugar de los doce que los ángeles del principio dejan aparecer, de acuerdo con el *Tratado llamado la Escala de los Filósofos*.

Los trabajos de Hércules, o del alquimista, están terminados y el héroe, un poco fatigado, no obstante su potencia, parece a primera vista estar dormido sobre el pellejo del terrible león de Nemea, teniendo junto a él su maza que le es inútil en lo sucesivo.